

los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociacion con seres simpáticos, en la ausencia de la supersticion, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es mas que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoría á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpais á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingratos despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os seria preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas seria un cúmulo de absurdidades y degradacion, que no os atreveriais á ofrecer á los ojos de ningun hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando hablais de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Segun vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar; obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por

el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agotada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de benevolencia y caridad.—J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 4.º

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LAS TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Segun M. Owen la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría mas exacta de la produccion y de la distribucion de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religion de semejante sistema? Nada menos que *la religion de la caridad*, religion que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesion de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarian de horror si se les predicase el ateismo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador, eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoracion que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distincion de raza, de sangre ni de color. La religion es la *inquisicion de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el

bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, hé aquí lo que es agradable á Dios.* De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral también materialista; natural era que despues de haber hecho consistir el hombre en una organizacion material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan mas allá del sepulcro. Si el hombre no era mas que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir despues de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organizacion endeble.

La ciencia del gobierno, en el sistema de M. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolicion de toda recompensa y de toda pena, origen de nuestras desigualdades sociales, en fin la completa irresponsabilidad del individuo*, ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar á él, sino á las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es mas que un enfermo, y si su enfermedad llega á ser peligrosa para los demás, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes*. Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrecen, *el gobierno racional proveerá á ellas por medio de un Charenton ó de un Bedlam.*

El principio con que se destruye la libertad humana, y por consiguiente toda clase de responsabilidad, trae por precision consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo, y no otra cosa. En efecto, si suponemos que las acciones del hombre no dimanen del libre albedrío, sino de impulsos naturales á los que sea imposible resistir, tendremos que el ladrón, el homicida y todo linaje de criminales, no cometerán sus atentados con verdadera delibera-

cion, y si solo obedeciendo á una ley de su naturaleza. De tal suerte que quien clava el puñal en el seno de su hermano ó de su padre, no hace mas que seguir el impulso á que le lleva su organizacion particular atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará mas en su mano el no arrojarle á semejantes actos, que el experimentar una impresion dolorosa si recibe una contusion ú otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que á la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas, que á mas de estar en abierta oposicion con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los países, tienden á desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta á todos los delitos; y lo singular es que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas se nos presente como una invencion maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres los unos son mas inclinados al bien ó al mal que los otros: la diferencia de índoles y caracteres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que explican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linaje ha distinguido siempre entre una inclinacion mas ó menos decidida hácia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecia de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocia la libertad de no cometerlos, y por lo tanto se le imputaban á culpa; cuando al segundo, totalmente destituido de la razon, se le consideraba como un bruto que obedecia á instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendia, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso, es proclamar la demencia universal; y el humano linaje tiene indisputable derecho á rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría bien se deja entender lo que sería la sociedad ideada por Owen; los hombres seguros de que no habian de recibir premio ni castigo no tendrian ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las alhajas de su compañero, asesinar á su amigo, violentar á una doncella, incendiar una casa, ó perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando mas se le consideraría como un enfermo atacado de inclinacion al robo, al asesinato, á la violacion ó al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados podría persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el exceso á que ha llegado no ha sido mas que un accidente pasajero, hasta le sería dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton ó en un Bedlam.

Sin embargo, y á pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerian tan desolantes doctrinas, M. Owen se lisonjea de que con ellas se podría crear un paraíso sobre la tierra, y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la *vida comun*, en la que trabajando cada individuo segun sus medios é industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educacion debiera ser la misma para todos, invariable, uniforme, dirigida de tal suerte que no hiciera nacer sino *sentimientos verdaderos y libres en su emision, conformes sobre todo á las leyes evidentes de nuestra naturaleza*. Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, *la propiedad individual llegaria á ser inútil*; y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

M. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal; y que la comunidad reemplazará á la familia. Cada una de estas comunidades constará de dos ó tres mil individuos que se dedicarán á industrias combinadas, agrícolas y fabriles; de manera que puedan satisfacer á sus necesidades mas esenciales. Las diversas

comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá mas que una jerarquía que será la de las funciones, y esta dependerá de la edad*. Hasta los quince años el individuo recibirá educacion, pero en pasando de ellos entrará en el orden de los trabajadores; los agentes mas activos de la produccion serán los jóvenes de veinte á veinte y cinco años; los de veinte y cinco á treinta cuidarán de la distribucion y conservacion de la riqueza social; los hombres de treinta á cuarenta tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta á sesenta arreglarán las relaciones de esta con las otras de los alrededores; y por fin un consejo de gobierno presidirá á este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se habia creído que era sumamente peligroso soltar el freno á las pasiones; y en todos los países del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido comun, se habia conceptuado como de indeclinable necesidad el reprimir esos impulsos ciegos que tienden á una satisfaccion momentánea, que miran á lo presente, sin dar una ojeada al porvenir; que nos llevan á un objeto sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen á llenar el deseo sin atender á las consideraciones de decoro, de deber, ni á nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represion habia sido juzgada como indispensable, porque la experiencia está manifestando que si damos rienda suelta á esos impulsos, nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra salud y hasta con la existencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir á estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, habia sido considerada siempre como una de sus dotes características, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador levantándole sobre la esfera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasion vehemente, que

le inducía á un acto criminal, hacia un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que deberían imitar los demás. Aquel era el hombre por excelencia: aquel habia mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquel habia usado noblemente de su razon y de su voluntad: aquel habia correspondido á los designios del Supremo Hacedor, cuando formándole á imágen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos á que obedecen los brutos, sino por la razon destello de la divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que nos guia por el sendero de la vida sin que nos fuerce á seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdicion y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegacion, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heroica resignacion á perder todos los bienes y hasta la salud y la vida, antes que empañar la conciencia con un acto reprehensible. En una palabra, con el antiguo sistema se concibe la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto á defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador; su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscrito que alejado de su patria pasa algunos dias de luto y de dolor en este valle de infortunio, pero que en el fondo de su corazon abriga la esperanza de volver á su tierra natal y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo se dirige hácia el cielo; si se aparta de este camino es por un extravío lamentable del cual le remuerde la conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazon con los placeres de la tierra; y sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inexplicable,

conoce que solo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador sumergiéndose en un piélago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones segun el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegacion, de desprendimiento, de resignacion, de fortaleza, de heroica resistencia á todo linaje de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos á impulsos irresistibles, se nos incita á que dejemos de forcejar contra ellos, á que nos abandonemos sin reserva á esos instintos que nos llevan á gozar hoy sin pensar en el dia de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme á las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonía de la creacion, que así nos haremos agradables á Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazon noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto á muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su origen; y en medio de su decaimiento se asemeja á los hijos de ilustre prosapia que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna, y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen á su hidalgo nacimiento. Nó: la humanidad no vuelve la vista hácia ese porvenir con que le brinda M. Owen; si viera que se acerca, léjos de abalanzarse hácia él lanzaria un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del dia, se le intima que va á ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es mas lisonjero por lo tocante á los resultados económicos. Establece la vida comun cimentándola sobre la expansion de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin